

ASESINO SERIAL

CÉSAR ACOSTA

Grupo Editorial Endira México, S.A. de C.V.

endira

Asesino Serial

Primera Edición, 2017.

© 2017, César Acosta.

D.R. De esta edición.

© 2017, Grupo Editorial Endira México, S.A de C.V.

16 de Septiembre 8 local 16, Colonia Centro, San Juan del Río, Qro.

C.P.76800 San Juan del Río, Querétaro.

Teléfono: (427) 272-47-97

www.endira.com.mx

Queda prohibida la reproducción directa o indirecta, total o parcial de esta edición así como la explotación de la misma, sin autorización escrita del editor.

Impreso en México.

ISBN: 978-607-8323-28-9

Diseño: Erik Gastón Sánchez Basurto

Diseño portada: Erik Gastón Sánchez Basurto

Para mayor información, visita:
www.endira.com.mx

¿Tienes algún comentario, duda o sugerencia?

Escribenos a: editorial@endira.com.mx

ÍNDICE

Prólogo.....	9
1.-La Confesión	11
2.-Inicia la búsqueda	21
3.-La virgen María Auxiliadora.....	30
4.-Sin pistas.....	38
5.-El conquistador.....	45
6.-Sin rumbo fijo.....	54
7.-El monstruo de Gila	63
8.-Encontrando pistas	79
9.-El preciso.....	86
10.-Diseñando un perfil.....	94
11.-Noche de antro.....	105
12.-La captura	118
13.-The look.....	142
14.-Recuerdos del pasado.....	156
15.-Dumping	167
16.-Cara a cara con sus temores.....	187
17.-La cacería	200
18.-Mision imposible	213
19.-Las Vegas	225
20.-Huellas profundas	235
21.-El principio del fin	249
22.-Un paso adelante	260
23.-El final.....	269
24.-La captura.....	281
25.-A cumplir la sentencia	306
26.-El secreto de la balanza.....	323
27.-El dolor de abrir los ojos a la realidad	339

PRÓLOGO

LOS ÁNGELES, CALIFORNIA, ESTADOS UNIDOS.
FALTAN 90 DÍAS PARA LAS ELECCIONES.

La noche cae, un gélido frío recorre su espalda, sus manos no tiemblan, los movimientos del cuchillo bañado en sangre son veloces, certeros, perfectamente sincronizados, asertivos; no existe la duda.

El sudor cubre su cuerpo, comienza a jadear; le falta el aliento, respira profundamente y exhala toda la ira, el odio y la amargura... de esa que carcome el alma, que hierva la sangre, que vive tan dentro, hasta convertirse en alimento, en la saciedad del crimen.

Su corazón late intempestivamente. Matar eleva la presión sanguínea, libera endorfinas, agudiza los pensamientos, vigoriza el cuerpo, dilata las pupilas, la visión es clara y precisa. Todos estos cambios físicos preparan a la persona para reaccionar rápida y eficazmente.

Una y otra vez, no lo puede evitar. ¿Justicia acaso? ¿Búsqueda de poder? O simplemente ¿se trata de la personificación de la maldad pura?

No se considera un asesino, mucho menos serial. Él es un artista del crimen, no es cruel, es creativo. No son impulsos, son actos justificados, pensados, muy bien planeados.

Se regocija en el poder al decidir sobre una vida y en su soberbia para ocultar la culpabilidad. Sabe de sus alcances. Sus actos hacen tambalear al sistema de justicia de un país que se jacta de ser avanzado en la investigación y firme en la impartición de la ley.

El clima previo a las elecciones no es el idóneo. Mark, un prominente político y contendiente a la candidatura presidencial, lo sabe y le teme. Su futuro se torna incierto.

Su hermano Jack, un joven y audaz detective intentará desentrañar las fauces de una mente perversa. El destino de una nación ahora está en sus manos.

¿Realidad? ¿Ficción? Usted decide.

VERÓNICA HUESCA.
PERIODISTA.

1. LA CONFESIÓN

DÍA 01 / 09 DE AGOSTO / 90 DÍAS PARA LAS ELECCIONES

Paso a paso en plena penumbra, una sombra humana va tomando forma a lo largo de las altas bardas que el sospechoso sujeto va sorteando segundo a segundo, intentando pasar absolutamente desapercibido.

En medio de la oscuridad, este hombre anhela desesperadamente que se lo trague la noche. Tan solo por hoy desea ser invisible.

Se repliega por las paredes de la majestuosa iglesia del poblado, en un intento por mimetizarse con éstas. Puede sentir como se acelera su respiración. Los latidos de su corazón retumban cual tambores anunciando una guerra y su agitación va en aumento, al tiempo que crece su temor por ser descubierto.

Las gotas de sudor resbalan por su rostro, convirtiéndose en las únicas huellas de su sigilosa presencia. A ratos, camina muy lentamente para sortear algunos charcos que pudieran delatarlo.

Una vez que se ha aproximado a la parte trasera del recinto sagrado, y con la ayuda de un sofisticado equipo de alpinismo, el sujeto logra trepar fácilmente las altas columnas de estilo dórico que forman tres pasajes.

Comienza a andar por el largo corredor, de donde emergen imponentes figuras, copias de las esculturas del gran Bernini. A medida que avanza, puede observar, a pesar de la penumbra, los tesoros artísticos y sobresalientes que ahí yacen, fieles testigos de la historia. El sujeto logra obtener una calma inesperada y por fin comienza a controlarse de una manera asombrosa. Su respiración vuelve a la normalidad, producto de una extraña frialdad que ha emergido de entre la penumbra, quizá debido a la cercanía de su destino: el Hospicio de Santa Marta.

En ese momento saca de su pequeña mochila unos guantes de látex y una vestimenta que bajo la luz de luna parece ser una túnica negra. Así, el sujeto adquiere la solemnidad y tenebrosidad de un sacerdote de la Santa Inquisición.

Poco a poco, apoyándose del tacto, debido a la negra noche, logra colocarse un par de calzas de plástico y después se cubre la cara, con un pasamontaña, dejando únicamente sus ojos descubiertos.

Luego de la agitación, caminando con gran seguridad, sigue cuidadosamente la ruta trazada en el mapa, que un tanto arrugado y húmedo, lleva consigo,

Una vez en el interior, el sujeto va recorriendo los extensos pasillos de una manera muy familiar y sin ningún tropiezo. El silencio es espectral.

Después de mucho andar, se detiene delante de una puerta con labrados en oro, cuya majestuosidad denota la importancia de quien yace en su interior: Es la habitación del cardenal obispo, apartada de todo y de todos para otorgarle mayor privacidad y comodidad.

Dando vuelta a la pesada manija de color dorado, que no tiene ningún seguro, entra silenciosamente para que el obispo Roderick no se despierte, y arrastrándose por el piso de mármol como un gato en la oscuridad, se sitúa a su costado.

Él todavía duerme bajo los efectos del vino que tomó mientras oficiaba la acostumbrada homilía de jueves por la noche. Su efecto tranquilizante ha sido tal, que ni siquiera se ha percatado de lo que ocurre a su alrededor.

Finalmente, el sujeto se acerca a Roderick y le tapa boca y nariz con un trapo empapado en cloroformo.

Mientras el obispo está sedado, el sujeto aprovecha para desnudarlo y amarrarlo de manos y pies a la cama, simulando la forma en la que Jesucristo fue crucificado. También instala una cámara que está lista para grabar lo que parece ser un siniestro plan.

Tras media hora, el obispo despierta y, asombrado, trata de moverse e intenta hablar, logrando tan solo emitir algunos gemidos. El individuo aprovecha para colocar en los ojos del obispo unas pinzas para que no pueda cerrarlos.

Sudando de terror y sin detenerse todavía en el asombro de lo ocurrido, ve a su alrededor; el obispo no da crédito al instante, el miedo se apodera de él.

El sujeto se le acerca con una calma desesperante y le susurra al oído:

—Obispo Roderick, es hora de que nos dé su confesión.

Empecemos así, le voy a quitar la mordaza de la boca para que podamos platicar y hacer esto de la mejor manera, y de esta forma pueda darnos su confesión final, si es que no quiere morir.

A ver, comencemos con los niños de los cuales usted ha abusado sexualmente y a los que ha atormentado en el nombre de Dios.

En cuanto le quita la mordaza, Roderick comienza a gritar:

–¡Auxilio, auxilio, ayuda!

–¡Guarde silencio!, –le grita el sujeto al tiempo que le da un golpe.

–Pero, ¿quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Qué es lo que quiere?

–¡Contésteme lo que le pregunté! Hábleme sobre los niños que violó.

El obispo observa a su alrededor y se da cuenta que sus gritos son en vano, su instinto le dice que la persona que tiene enfrente está decidido a todo, algo en su interior le despierta tal inquietud que mejor opta por intentar dialogar con el sujeto.

–¿Qué dices hijo mío? ¿Cómo puedes levantarme semejante blasfemia?

–Obispo, obispo, se va a sorprender de cuántas cosas sé de usted, y si no quiere sufrir, será mejor que comience a abrir su alma, tal y como usted les dice a todos sus fieles.

–Hijo mío, Dios es testigo de que me has de estar confundiendo con otra persona, –señala Roderick con voz angustiada.

–En verdad no lo entiendo, y mucho menos a su religión. ¿No dice uno de sus mandamientos “No mentirás”?

–Pero, hijo, yo te juro por Dios...

–¡Calle! ¡Calle! Que ahora ya no está cumpliendo otro “No jurarás el nombre de Dios en vano”. Si quiere podríamos continuar de esta manera toda la noche... Pero explíqueme algo de su religión que no entiendo.

Ustedes van pregonando por todo lo largo y ancho del mundo que nos ayudemos los unos a los otros, que amemos al prójimo, que seamos generosos, y yo solo veo que quien no ayuda a nadie es precisamente la Iglesia, con sus majestuosas inversiones y sus bellísimos recintos investidos por cuantiosas sumas de dinero. ¿Qué me dice de cada una de las propiedades que el Vaticano tiene alrededor del

mundo? Propiedades que han costado mucha sangre a lo largo de la historia.

No nos vayamos lejos, nuestro país vecino, México, tiene mucha participación de la Iglesia. Gracias a ustedes se mantuvo en la silla presidencial un dictador como Porfirio Díaz¹ durante treinta años. Gracias a la voracidad de la iglesia y al miedo de perder sus bienes más preciados, que poco a poco les fueron robados a esos pobres mexicanos.

Ustedes, empezando por el papa de ese entonces, Pío X, permitieron y apoyaron la invasión de México a cambio de que se respetaran sus propiedades. Estuvieron de acuerdo y avalaron la venta de más de la mitad del territorio mexicano. Siempre, siempre aplastando a los países tercermundistas gracias al fervor de la religión que ustedes los impusieron, y teniendo como doctrina mantenerlos en la ignorancia para infundirles temor a expensas del castigo divino.

¿Cómo es posible que hayan permitido tantas matanzas? Y no simplemente consintiendo, sino también participando en otras más, escudándose en la Inquisición, en la Guerra Cristera que el mismo Pío XI emprendió exigiendo la devolución de los bienes de la Iglesia, prohibiendo la entrada a sus recintos a todo aquel que se oponía a sus intereses políticos, y todo esto orquestado y autorizado desde el mismísimo Vaticano. ¡Qué decir también del Papa Pío XII, en la Segunda Guerra Mundial, con la matanza de judíos, volteando la cara y haciendo que el mundo entero no se diera cuenta de lo que realmente ocurría en esos campos de concentración!

Pero para el Vaticano, ¡qué cómodo! Como buenos negociantes, les estaban quitando la competencia y, además, enviando muchos feligreses a convertirse al catolicismo, presas del miedo a tan sanguinarias muertes.

—Pero, hijo mío, eran otros tiempos, otras costumbres.

—¿Otros tiempos? ¿Otras costumbres? La Iglesia nunca ha cambiado su forma de operar a través de los siglos. ¡No me venga con eso, obispo! Su religión católica, apostólica y romana así es. ¿Acaso ya se le olvidó que quien la planeó y orquestó fue el emperador Octavio Augusto en la decadencia del Imperio romano, maldito embustero? Acuérdesse

1) Porfirio Díaz fue Presidente de México en nueve ocasiones. Desde 1876 hasta 1911, exceptuando el periodo de 1880 a 1884.

de que él mandó a borrar todo rastro de la familia de Jesús y de toda su vida, y a quemar toda la información que se tenía acerca de él. Pero claro, ustedes no contaban con que los Templarios los iban a chantajear. Ellos pudieron quedarse con información privilegiada que no alcanzaron a destruir; y a cambio de eso no les quedó otra opción más que darles absolución infinita y mucho poder.

Sin embargo, volvamos a lo nuestro. ¿Quién habrá sido peor? ¿Calígula o usted? ¿Quién habrá violado y ultrajado a más niños inocentes? Hoy en día sabemos de lo que fue capaz Calígula y nos horrorizamos. Pero pese a eso, en pleno siglo XXI, tenemos a miles de calígulas actuando en nuestras propias narices y no hacemos nada.

¿Quién habrá matado más gente, Nerón con su circo romano o la Santa Inquisición en nombre de Dios? ¿Y quién habrá conquistado más territorios? ¡Julio César o la iglesia católica?

Todos ustedes, sacerdotes, obispos, cardenales y papas, se han adjudicado rangos de poder como si estuvieran en el mismísimo ejército romano, y han sido tan grandes sus deseos mundanos de que nadie los aparte de la historia que hasta se olvidaron de poner en acción lo que está escrito en la Biblia. ¿Cuándo va a dejar el ser humano de manipular todo a su conveniencia y siempre esperar el beneficio propio?

Dios sólo quería que la gente creyera en él y que predicara sus conocimientos, pero tenía que llegar la avaricia de muchos y convertir esto en un gran circo de religiones. Vea el caso del padre Marcial Maciel, del papa Pío XII, del mismo Hitler o del obispo de Burgos en España en la época de la Conquista. ¡Cuánta gente de esta calaña ha usado la fe como un arma mortífera! Sí, más que las bombas nucleares. Pero no, nada les basta.

¿Cuántos católicos hay en el mundo?² ¿Poco más de mil millones? Una de cada seis personas en el mundo es católica. Ratifico con esto la maldición de Octavio Augusto al decir que los romanos continuarían gobernando al mundo, ¡y vaya que lo han logrado por más de dos mil años!

¿Cuánto valdrán todas las obras de arte que hay en el Vaticano? ¿Cuánto costarán sus propiedades a lo largo y ancho del mundo? ¿Cuántos millones tendrá la iglesia al día de hoy? ¿Cuántos de los millones de católicos estarán en la miseria?

2) Según catholic.net hay 1.165.714.000.

No obstante, ustedes les siguen robando.

¿Cuándo tendremos a otro Mahatma Gandhi, otro Martin Luther King que venga a abrirnos los ojos? Porque las cuestiones de religión también son racismo. Sólo que todos somos del mismo color:

¿Cuándo se hará justicia al padre Maciel, que hizo un emporio con base en la religión? ¿Qué pasó? Salieron a la luz todas las atrocidades que cometió, ¡y qué ocurrió! ¡Sólo quitamos su retrato y hagamos de cuenta que no pasó nada!

Y por otro lado tenemos al papa que duró menos tiempo en el Vaticano, tan sólo 33 días: Juan Pablo I, porque fue el único que realmente vio y lamentó lo que estaba pasando en la Santa Sede. Murió repentinamente luego de intentar vender todos los bienes de la Iglesia para poder ayudar a tanta gente que se estaba muriendo de hambre. Obviamente, a él no lo beatificaron, ni lo hicieron un santo.

¿Cómo atentar así contra la Santa Iglesia? ¿Cómo? ¿Por qué la fe se acaba hasta que se termina el dinero? ¿Por qué si no tienes euros no puedes entrar al Vaticano? Y si no tienes poder y dinero no puede la Iglesia anular tu matrimonio o bautizarte o casarte. ¿Qué clase de hombre es usted? ¿Qué clase de hombres son ustedes?

Me cansaría de enumerar todas y cada una de las atrocidades cometidas por la Iglesia. Sería interminable la lista de nombres que han participado en ellas.

Y por si fuera poco, con el tiempo, ya hasta a la globalización le entraron. Primero aparece una Virgen Morena, ante un indígena llamado Juan Diego en el Cerro de la Estrella³, muy oportunamente para que todos los aztecas⁴ por fin cedieran y se dejaran evangelizar por los españoles y con ella apareció una virgen amarilla, una negra y una india para continuar catequizando al mundo entero⁵. Ahora resulta que ya superaron los problemas raciales, y claro, ¿cómo iban a dejar a un lado a millones y millones de personas que podrían ser posibles clientes... perdón, fieles? ¿Qué convenientes apariciones y cuán oportunas!

3) La Virgen de Guadalupe apareció en 1531.

4) Además de los aztecas, también se evangelizó a todas las etnias existentes en esa época.

5) Nuestra Señora de La Vang apareció en Vietnam en 1798. Nuestra Señora de Akita, en Japón, en 1973. La Madre del Verbo, Kibeho, en Ruanda, en 1981. Lourdes del Oriente, en la India en el siglo XVI.

Pero la gente no se pregunta por qué esas apariciones no fueron antes y en otras circunstancias. No obstante, hasta tienen una virgen para cada día del año, para que puedan justificar sus celebraciones todos los días, acompañadas, por supuesto, de una mayor recaudación de dinero, estimulando a sus fieles con festejos falsos. Sin embargo, sería muy interesante poder saber cuánto dinero mueve la Iglesia y cuánto trabajan en conjunto con autoridades, políticos y narcotraficantes. ¿Cuánto dinero lava producto del narcotráfico y de sus fraudulentas inversiones financieras? Eso sin mencionar las evasiones fiscales ¿Qué tan bajo puede llegar la humanidad?

Realmente harían que sus antepasados se sintieran orgullosos de ustedes por llevar a cabo este plan tan maquiavélico a la perfección. Pudiendo ser buenos maestros o buenos seres humanos, prefieren convertirse en algo peor que demonios.

Lo que no sabe, señor obispo, es que la grandeza se aprende, no se otorga, y por eso hemos llegado hasta esto. Yo creí en usted y en todo lo que predicaba, hasta que me di cuenta de quién era en realidad.

—Pero ¿quién eres, que dices conocerme?, —dice Roderick muerto de miedo.

—No importa quién soy, si no para qué estoy aquí. Pero como usted quiera, obispo. Comencemos con esto. ¿Ve este trapo? Pues tendrá una labor muy importante: la de refrescarle la memoria. Lo iré deslizando hasta su garganta y le iré echando agua muy lentamente. Cuando quiera hablar y confesarme el nombre de cada uno de los niños que violó valiéndose del nombre de Dios, lo sacaré.

Dicho esto, el sujeto toma una jarra llena con agua que se encuentra en el buró y cuando el obispo Roderick comienza a ingerirla, la infeliz sensación de ahogamiento lo va torturando cada vez más.

Sin poder parpadear, el obispo llora de dolor. En sus ojos hinchados se puede ver cómo las venas se enrojecen cada vez más. Parece que van a salirse de sus órbitas.

Entonces Roderick hace una señal con las manos para que el sujeto se detenga y lo deje hablar. Rápidamente su verdugo saca el trapo y el obispo comienza a dar un listado de nombres.

—Jonathan Kool, Carl Simson, Edwin Johnson, Pedro Romo, Rudy Thompson... Y continúa mencionando más de cincuenta niños que vivían en el hospicio a cargo de su iglesia.

—Roderick, ¿ya ve qué bien se siente limpiar su alma al confesar sus crímenes?

Tengo en mi poder las demandas hechas por varias personas en las que se denuncian todos y cada uno de los delitos cometidos por usted. Por una extraña razón, nunca se les dio seguimiento, al grado de que le permitieron continuar haciendo daño cada vez a más y más gente inocente. Así que todavía no hemos terminado. Ahora vamos con los nombres de las mujeres que usted, abusando de su ignorancia, su dolor y su fe, sometió sexualmente, haciéndoles creer que si decían algo iban a recibir el castigo de Dios.

En ese momento el sujeto vuelve meter el trapo hasta su garganta y va llenándola poco a poco de agua. El obispo se retuerce de angustia y desesperación. El sujeto simplemente saborea cada segundo de tortura.

Roderick, ya preso de terror y de dolor, suda copiosamente. Su verdugo detiene la tortura.

—¡Maldito asesino, la furia de Dios Nuestro Señor te hará pagar! —Exclama el obispo.

—Si usted que está más cerca de él y no le teme, ya que ha cometido todos estos crímenes, ¿qué temor le puedo tener yo?

Continúa torturándolo, y mientras el obispo se ahogaba, le coloca una corona de espinas.

—Ahora continuemos con su confesión y esperemos que le pueda perdonar la vida. ¡Nombres! ¡Quiero nombres de todas esas mujeres!

—Norma Lee, María Concepción, Debbie Sanz, Stefania Wells.

Aún no termina de decir los nombres de todas, cuando ve con terror cómo el individuo se acerca a él con una pinza entre las manos. En segundos, ésta se encuentra aprisionando sus testículos, que de inmediato son arrancados.

Para Roderick su desmayo ha sido una eternidad, pero, para su mala suerte, solamente se ha desvanecido durante veinte minutos. El dolor que siente es indescriptible.

Roderick logra ver su obeso cuerpo bañado en sangre, y sin poder cerrar los ojos, implora perdón a su verdugo.

—¿Por qué yo? ¿Por qué yo?, balbucea, llorando.

—¿Por qué? Porque yo te vi cometer muchos de esos crímenes y no pude hacer nada, al quedarme inmóvil, presa de terror; y también, en su momento, pensé, como todos, lo que tú nos hacías creer; que era parte del castigo divino. Cuando comprendí que no eres más que un animal que abusa de la fe de la gente y se esconde detrás de una sotana, pude darme cuenta de cuán vil y cobarde eres. Comprendí que mi deber es acabar con todo esto de una vez por todas.

—Pero, ¿quién eres? ¿Quién eres, que parece saber tanto de mí?

—¿En verdad quiere usted saberlo Roderick? ¿Qué verdad puedes pedir si tu vida es una farsa total? Juraste castidad, y mírate. “No desearás a la mujer de tu prójimo”, y tú tomaste y ultrajaste a las que pudiste. “No codiciarás los bienes ajenos”, y eso tampoco es lo tuyo. Pero te voy a dar la muerte que mereces haciendo gala de tu sotana y todo lo que andas predicando por ahí.

“Cuídense de los falsos profetas que vienen a ustedes con disfraces de oveja pero por dentro son lobos rapaces”, así versa Mateo 7:15, ¿no?

—No, hijo, no, ten piedad, te lo ruego.

—Veamos si con esto aprendes a ser más humilde y a rezar por tu vida.

En ese momento saca tres grandes clavos y unos trozos de madera que coloca detrás de sus manos y de sus pies lacerados por los amarres.

Se escucha un golpe seco. El verdugo está clavando lentamente uno a uno los clavos, mientras el obispo se desvanece una y otra vez. El dolor es insoportable.

Limpiándose el sudor de la cara, el sujeto lo observa detenidamente para después sacar de su mochila una lanza que le es mostrada a Roderick poco después de que éste recupera la conciencia.

—Llegó tu hora, grandísimo hijo de puta, y ojalá exista un Dios que haga que te pudras en el infierno y ayude a limpiar tanto mal que hiciste a todo aquel que se cruzó por tu camino. Solo agradezco que por personas como tú, muchos se estén alejando de las iglesias para acercarse a Dios.

Entonces se quita el pasamontañas, dejando al descubierto su rostro.

La sorpresa del obispo es mayúscula al ver de quién se trata. Hace el intento de decir su nombre, cuando le es clavada la lanza.

En pocos segundos Roderick yace muerto en su cama.

El sujeto, con tranquilidad absoluta, levanta su equipo, y como si se tratara de un día de trabajo cualquiera, limpia minuciosamente toda huella y sale sin hacer ningún ruido.

Se aleja de la iglesia con rumbo desconocido. No sin antes haber dejado dentro de la boca del obispo una pequeña balanza antigua hecha de cobre.